

Furió, Vicenç y Nuria Peist (eds.). *Artistas y reconocimiento. Un enfoque sociológico*. Gijón: Trea, 2022, 408 pp. [ISBN: 978-84-18932-15-1].

Julián Díaz Sánchez

Universidad de Castilla-La Mancha
 julian.diaz@uclm.es / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9247-1963>

Hace tiempo que la cuestión del reconocimiento y el éxito de los artistas entró en la historia del arte como un tema central: lo hizo, en gran medida, de la mano de los editores de este libro, Vicenç Furió, autor de una imprescindible *Sociología del arte* (Cátedra, 2000) y de un trabajo titulado *Arte y reputación* (Bellaterra, 2012), y Nuria Peist, que abordó el tema en un interesante libro, *El éxito en el arte moderno. Trayectorias artísticas y procesos de reconocimiento* (Abada, 2012). Del éxito y sobre todo del fracaso de los artistas, se ha ocupado, entre otros, Serge Guilbaut, que lo asocia a la noción de estrategia estética. Estos asuntos se insertan en la historia social del arte, que, después de un tiempo de olvido, ha vuelto a la relevancia y es objeto de interesantes relecturas.

El libro, se dice en la presentación, es resultado de un grupo de investigación sobre temas de sociología del arte creado en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Barcelona. Presenta un perfil metodológico muy concreto y un amplio abanico de aspectos y casos, las dos cosas lo hacen interesante.

Los trabajos que abren y cierran el libro, firmados por Vicenç Furió, son complementarios: el primero, publicado en 2013 y actualizado en dos ocasiones, estudia el olvido —relativo— de Hilma af Klint; excluida de la exposición *Inventing abstraction. 1910-1925* (MoMA, 2012), al parecer por su relación con la magia y el esoterismo, un mundo que exploraron muchos artistas abstractos (Kandinsky y Mondrian, sin ir más lejos). Al mismo tiempo, la pintora fue objeto de una muestra titulada *Hilma af Klint: A Pioneer of Abstraction* en el Moderna Museet de Estocolmo. Furió explica, con abundantes ejemplos, que los contactos del artista en el seno del sistema del arte son muy importantes para su reconocimiento y su éxito. El segundo trabajo, el último del libro, propone el estudio de unas instancias de reconocimiento (artistas, teóricos y críticos, instituciones, mercado y público) a las que se puede recurrir en otros momentos de la historia del arte; de hecho, el esquema de Furió incluye un arco cronológico que va de 1600 a la actualidad.

El capítulo de Pablo Santaolalla tiene aspectos en común con los mencionados: partiendo del caso Hilma

af Klint, estudia algunas discrepancias entre museos y artistas. Entre otros, el caso de Hans Haacke, vetado, es conocido, por el Museo Guggenheim y las Fundaciones Miró y Tàpies de Barcelona, aunque acogido, sin embargo, por el Museo Reina Sofía, que albergó su acerada exposición *Castillos en el aire* (2012), que recogía los residuos de la explosión de la burbuja inmobiliaria. Son muy diferentes los motivos de discrepancia de Ai Weiwei. Es inevitable evocar el conocido conflicto de Isidoro Valcárcel Medina con el Museo Reina Sofía; cada discrepancia exige un análisis diferente y es evidente que el rechazo puede no impedir el reconocimiento, se sabe, al menos, desde la institucionalización del Salón de los Rechazados en París.

Los distintos caminos hacia el reconocimiento de Duchamp (el heredero) y Pollock (el vaquero) son el argumento del trabajo de Nuria Peist: el origen social, el contacto temprano con artistas y la relación con exquisitos coleccionistas como los Arensberg, hacen que el triunfo del jugador de ajedrez sea tan rotundo como discreto (en 1966 Duchamp confesó a Pierre Cabanne, ante la exasperación del entrevistador, que no sabía de qué había vivido en algunas épocas de su vida). Una trayectoria que contrasta con la de Pollock, procedente de la América profunda y que tuvo como grandes valedores a Lee Krasner, Clement Greenberg y Peggy Guggenheim.

Muy diferente es el contexto de la escultura española ecléctica, que analiza Ángel Monlleó, marcado por las denostadas Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, el peso del gusto de las instancias oficiales y unos sistemas de distribución y canonización más bien restringidos. El proceso de reconocimiento del artista pasa aquí por la necesidad de un protector. La sanción última, a diferencia de los ambientes de vanguardia, pertenece al público.

Partiendo de los métodos de Pierre Bourdieu y de los estudios de Wallerstein sobre el sistema mundo, Gloria Guirao analiza las migraciones de artistas españoles a París y Berlín y las razones para su elección, que tiene que ver, naturalmente, con una percepción que parece considerar la segunda ciudad como el lugar

donde se puede vivir como un artista. El campo de la investigación se ha desarrollado a partir de encuestas sencillas a artistas jóvenes y consultas a bases de datos que confirman el carácter periférico de nuestro país en el sistema del arte, su escasa presencia en los centros mundiales y la vinculación de esto a unas políticas de promoción artística más bien restrictivas y un mercado escaso y, en muchos momentos, en recesión.

Vera Renau, mezclando los procesos de reconocimiento con la fortuna historiográfica (la última forma de sanción, en realidad) se ocupa de la vanguardia valenciana (aunque Renau, Ballester y Pérez Contel rebasan con creces el ámbito valenciano) y su lugar en la escritura de arte entre los años treinta y el postfranquismo. Queda claro que las redes alternativas y las publicaciones tienen un papel fundamental en los procesos de reconocimiento de las vanguardias artísticas.

Es un acierto incluir en el libro la reflexión que firma Jesús Ángel Prieto sobre algunas de las denominadas artes menores (esmalte, cerámica y joyería), que tuvieron un papel de primer orden en algunos de los episodios de las vanguardias clásicas (Bauhaus, por ejemplo), pero a las que las dinámicas del arte más reciente han mantenido ocultas.

Paula Cantero analiza críticas hostiles a algunos artistas contemporáneos muy notorios (Picasso, Duchamp, Dalí, Warhol, Estes, Hockney, Schnabel, Koons, Basquiat y Hirst), aunque el artículo se ocupa de la fortuna de otros artistas, como Carl André. Tales críticas se centran en la pregunta de si lo que ha-

cen estos artistas es o no arte. Hay dos aspectos en el trabajo que merecen una reflexión; la exclusión de los historiadores del arte en torno a *October* de las tendencias fotorrealistas y la comprobación de que una parte sustancial de los críticos hostiles al arte contemporáneo son ajenos a la historia del arte. Es constatable que las críticas negativas no garantizan el rechazo, a veces ocurre todo lo contrario.

Sara Gutiérrez se ocupa de la trayectoria y el reconocimiento de Guerrilla Girls, grupo de mujeres artistas que, como se sabe, inició su trayectoria en los años ochenta y aún hoy continúa en activo. La fortuna del grupo ha sido desigual y, aunque es evidente su efectivo trabajo de denuncia, algunos críticos han acusado al colectivo de banalizar la situación de las mujeres en el mundo del arte. El artículo incluye también la actividad de Guerrilla Girls en España, donde han tenido una presencia no desdeñable.

Diana Juanpere indaga los efectos del fallecimiento de los artistas en la cotización de sus obras. La muerte no siempre supone un encarecimiento de las mismas; depende de muchos factores. La autora ha estudiado el efecto en seis artistas de fortuna desigual y generaciones diferentes: Fermín Aguayo, Manolo Millares, Joan Ponç, Pepe Espaliú, Ramón Guillen-Balmes y Juan Muñoz.

Merece la pena leer este libro lleno de sugerencias, sobre todo porque amplía los horizontes de la historia del arte. El libro contiene, además —este nunca es un valor menor—, una bibliografía amplia y actualizada.